

Dió los poderes que pidió, y las cartas y firmas en blanco que quiso. Revocó las ordenanzas, y escribió á Gonzalo Pizarro, desde Venlo, en Alemaña, por hebre-ro de 1546 años. Partió pues Gasca con poca gente y fausto, aunque con título de presidente, mas con mucha esperanza y reputacion. Gastó poco en su flete y matalotaje, por no echar en costa al Emperador, y por mostrar llaneza á los que del Perú con él iban. Llevó consigo por oidores á los licenciados Andrés de Cianca, y Rentería, hombres de quien se confiaba. Llegó al Nombre de Dios, y sin decir á lo que iba, respondía á quien en su ida le hablaba, conforme á lo que dél sentía; y con esta sagacidad los engañaba, y con decir que si no le recibiese Pizarro, se volvería al Emperador; ca él no iba á guerrear, que no era de su hábito, sino á poner paz, revocando las ordenanzas y presidiendo en la Audiencia. Envió á decir á Melchior Verdugo, que venia con ciertos compañeros á servirle, no viniese, sino que se estuviese á la mira. Ordenó algunas otras cosas, y fuése á Panamá, dejando allí por capitán García de Paredes con la gente que le dieron Hernando Mejía y don Pedro de Cabrera, capitanes de Pizarro, porque se sonaba cómo franceses andaban robando aquella costa y querian dar sobre aquel pueblo; mas no vinieron, ca los mató el gobernador de Santa Marta en un banquete.

Lo que Gasca escribió á Gonzalo Pizarro.

Como Gasca llegó á Panamá, entendió mejor el estado en que la armada estaba, y lo que se decía de Pizarro. Negociaba de callada cuanto podía, y viendo las fuerzas de Pizarro, que ó se tenían de deshacer con otras mayores ó con maña, escribió á Quito, á Nicaragua, á Méjico, á Santo Domingo y á otras partes por hombres, caballos y armas; y envió al Perú á Pedro Fernandez Paniagua, de Plasencia, con cartas para los cabildos, haciéndoles saber su llegada con revocacion de las ordenanzas; y dió una carta del Emperador para Gonzalo Pizarro, de creencia, en que disimulaba sus cosas, y otra suya muy larga y llena de razones y ejemplos, para que dejando las armas y gobernacion, se pusiese en manos del Emperador; cuya suma era que traia revocacion de las ordenanzas, perdon de todo lo pasado, comision de ordenar los pueblos con parecer de los regimientos, en provecho de los españoles é indios; licencia de hacer conquistas, donde los que no tenían, tuviesen repartimientos, oficios y de comer, y que no confiase en los que hasta allí le habian seguido y amado, por cuanto lo dejarían, con el perdon que les daba el Rey, ó le matarian por servir á su alteza; y tambien le apuntó guerra, si la paz despreciaba.

El consejo que Pizarro tuvo sobre las cartas de Gasca.

Entró Paniagua en los Reyes, y dió á Pizarro los despachos de Gasca á tiempo que solo estaba. Pizarro lo trató mal de palabra y no le mandó sentar, de que Paniagua se afrentó. Envió á llamar á Cepeda, que Francisco de Carabajal aun no era venido de los Charcas, para comunicalle las cartas. Cepeda, hallando enojado al uno y corrido al otro, hizo sentar á Paniagua y reprehendió á Pizarro; el cual le respondió, riendo: «Por nuestra

Señora que me enojé porque me dijo que no podría salir con lo que habia empezado.» Cepeda se salió, de que hubieron platicado un buen rato sobre muchos negocios, llevó consigo á Paniagua, y aposentó en casa de Ribera el viejo, donde fué muy regalado, y le dió caballos en que anduviese, que era amigo de correr una carrera y parecer bien á caballo. Hubo muchos corrillos con la venida de Paniagua, y cada uno decía lo que deseaba. Pizarro no dió crédito á las cartas de Gasca ni á las palabras de Paniagua, creyendo muy cierto que todas eran para engañarlo. Llamó todas las personas principales, leyóles las cartas, pidióles sus pareceres, juró sobre una imagen de nuestra Señora que cada uno podía decir libremente su parecer, y propuso el caso. No se confiaron todos; y así, no hablaron muchos dellos con libertad; que si osaran, ó si hubiera cartas de Hinojosa que se dieran, Pizarro se ponía sin duda ninguna en manos de Gasca, porque no estaba allí Francisco de Carabajal para estorbarlo; que era quien le aconsejaba se hiciese rey sin curar del Rey. Lo que mas altercaron fué si dejarían llegar á Gasca ó no, y donde lo matarian, ó allí después de venido, no haciendo lo que quisiesen ellos, ó en Panamá. El parecer mas comun fué que no le dejasen llegar, por ser así la voluntad de Pizarro, que tenía su esperanza en Hinojosa, y aun su fuerza. Algunos dijeron que tambien sería bueno despoblar á Panamá y Nombre de Dios, con otros muchos lugares, para que los reales no tuviesen comida ni servicio, y apoderarse de cuantos navíos hubiese en toda la mar del Sur, para que nadie pudiese entrar en el Perú, y echar quinientos ó mas arcabuceros en Nicaragua, Guatemala, Teocoatepec y Xalisco, que levantasen por Pizarro la Nueva-España y todas aquellas provincias, confiando hallar favor en muchos pobres y descontentos; y si no lo hallasen, robar y quemar los pueblos de la marina, para que tuviesen hartó en sus duelos sin curar de los ajenos; empresa peor que la comenzada. Estando pues todos conformes, respondieron juntos en una carta, que así lo quiso Pizarro por autorizar su negocio, y que viese Gasca cómo toda la tierra era con él; y por estar mas seguro dellos, pues metían prendas firmando la respuesta. Firmaron la carta sesenta ó mas nombres principalísimos, y Cepeda el primero, como teniente general de Pizarro en guerra y en justicia.

«Muy magnífico Señor: Por cartas del capitán de la flota Pedro de Hinojosa supimos la venida de vuestra merced, y el buen celo que trae al servicio de Dios nuestro señor y del Emperador, y al bien desta tierra. Si fuera en tiempo que no hubieran acontecido tantas cosas en esta tierra como han, después que á ella vino Blasco Nuñez Vela, fuera bien, y todos holgáramos. Mas, empero, habiendo habido tantas muertes y lantallas entre los que vivos somos y los que murieron, no solamente no sería segura la entrada de vuestra merced en estos reinos, pero sería total causa que del todo se asolasen. Ninguno hay de parecer que vuestra merced entre en ellos, ni aun sabemos si podríamos escapar la vida al que otro dijese, ni sería parte para ello el señor gobernador Pizarro, según en lo que todos están puestos. Todos estos reinos envían procuradores al Emperador y rey nuestro señor, con entera in-

formacion de cuanto en ellos ha pasado hasta hoy, desde que Blasco Nuñez (que Dios perdona) vino; donde claramente muestran y prueban su inocencia y justificacion, y la culpa y braveza de Blasco Nuñez, que no les quiso conceder la suplicacion de las ordenanzas, sino no ejecutarlas con todo rigor, haciendo guerra y fuerza en lugar de justicia. Suplican al Emperador confirme al señor Gonzalo Pizarro en la gobernacion del Perú, como al presente la tiene, pues él es por sus virtudes y servicios merecedor dello, amado de todos y tenido por padre de la patria; mantiene la tierra en paz y justicia, guarda los quintos y derechos del Rey, entendié las cosas de acá muy bien, con la larga experiencia que tiene; lo que otro no entendería sin primero haber recibido la tierra y gente muy grandes daños. Confiamos en el Emperador que nos hará esta merced, porque no hemos faltado á su real servicio con cuantos desconciertos y guerras furiosas nos han hecho sus jueces y gobernadores, que han robado y destruido las haciendas y rentas reales; y que aprobará todo lo que hecho habemos en defensa nuestra y en prosecucion de la apelacion de las ordenanzas. Perdon, ninguno de nosotros le pide, porque no hemos errado, sino servido á nuestro rey, conservando nuestro derecho como sus leyes permiten; y certifican á vuestra merced que si Fernando Pizarro, á quien mucho queremos, viniera como vuestra merced viene, no le consentiríamos entrar acá, ó antes murieramos todos sin faltar uno; ca no estimamos en esta tierra aventurar la vida por la honra en cosas aun no de mucho peso, cuanto mas en esta, que nos va la hacienda, honra y vida. A vuestra merced suplicamos, por el celo y amor que siempre ha tenido y tiene al servicio de Dios y del Rey, se vuelva á España, é informe al Emperador de lo que á esta tierra conviene, como de su prudencia se espera, y no dé ocasion que muramos en guerra y matemos los indios que de las pasadas han que dado, pues de la determinacion de todos otro fruto salir no puede. El capitán Lorenzo de Aldana va á negociar por estos reinos. Vuestra merced le dé todo crédito. Nuestro Señor la muy magnífica persona de vuestra merced guarde é ponga en el descanso que desea. Desta ciudad de los Reyes, y de octubre á 14 del año de 46.»

Hinojosa entrega la flota de Pizarro á Gasca.

Habia muchos dias que Pizarro andaba por enviar procuradores á España, y estaban hechos los poderes de todos los cabildos para Lorenzo de Aldana. Mas nunca lo despachaba, por estorbarlo Francisco de Carabajal, que no quería paz ni España; y despachólo entonces con esta carta para Gasca, dándole por compañero á Gomez de Solís. Envió tambien con él á Pero López, ante quien habian pasado todos ó los mas autos. Rogó á fray Hierónimo de Loaisa, obispo de los Reyes, y á fray Tomás de Sant Martín, provincial de los predicadores, que fuesen con él, porque abonasen su partido con Gasca y con el Emperador, ó por echallos del Perú. Ofrecía Pizarro muchos dineros al Emperador, y pedía que le diese la gobernacion, y que no llevase quinto, sino diezmo por ciertos años. Esto iba con las otras cosas de la embajada. Escribió á Hinojosa, y dijo á Lorenzo de

Aldana, que diesen cincuenta ó mas millares de castellanos á Gasca, porque se volviese á España, ó le matasen como mejor pudiesen; y con tanto los despidió. Ellos fueron á Panamá, dieron la carta á Gasca, y avisáronle cómo lo querian matar, para que se guardase. Certificáronle que Pizarro no lo recibiría, y cómo habia muchos en el Perú que lo deseaban ver allá, para pasarse á él en servicio de su rey. Gasca, que antes tambien se temia no le matasen, temió reciamente. E con la carta de los de Pizarro y nuevas que le daban, se declaró en todo lo que llevaba y en todo lo que hacer pensaba. Hinojosa entonces dió las naos de su voluntad, que fuerza nadie se la podía hacer, y por grandísima negociacion de Gasca y promesas. Por aquí comenzó la destruicion de Gonzalo Pizarro. Gasca tomó la flota, é hizo general della al mesmo Pedro de Hinojosa, y volvió las naos y banderas á los capitanes que las tenían por Pizarro, que fué hacerse fieles, de traidores. No cabía de gozarse en verse con la armada, creyendo haber ya negociado muy bien; y á la verdad sin ella tarde ó nunca saliera con la empresa, ca no pudiera ir por mar al Perú; é yendo por tierra, como al principio pensara, pasara muchos trabajos, hambre y frio y otros peligros antes de llegar allá. Luego pues que Gasca se apoderó de la flota, envió por la artillería que habia en el Nombre de Dios al oidor Cianca, para mejor artillar las naos y para tener algunos tiros en el ejército. Puso en las islas á Pablo de Meneses, Juan de Llanes y Joan Alonso Palomino, con ciertos navíos que guardasen la costa, porque no fuese aviso á Pizarro de la entrega de la flota y aparato de guerra que se hacia contra él; los cuales tomaron á Gomez de Solís, que iba tras Aldana, y que declaró mas por entero la intencion de Pizarro. Envió tambien Gasca por gente y comida á Nicaragua, Nueva-España, nuevo reino de Granada, Santo Domingo y otras partes de Indias, avisando cómo tenía ya en su poder la armada de Pizarro, principalísima fuerza del tirano; ordenó un hospital (á fuer de corte) con su médico y boticario, que fué gran remedio para los enfermos que allí y en la guerra hubo; y dió el cargo dél á Francisco de la Rocha, de Badajoz, fraile de la Trinidad. Buscó dineros para pagar los soldados y socorrer los caballeros; y tan afable, tan cortés, franco y animoso se mostró, que lo tuvieron en harto mas que hasta allí los pizarristas, cotejando especialmente su prudencia con la presencia de hombre. Despachó asimesmo á Lorenzo de Aldana, Joan Alonso Palomino, Juan de Llanes y Hernán Mejía en cuatro naos con cartas para los del Perú, y mandó á Lorenzo de Aldana, que iba por general, que no tocasen en tierra hasta llegar á Lima; y que dando allí las cartas de perdon general y revocacion de las ordenanzas, apellidasen al Rey y corriesen la costa, yendo unos á Arequipa y volviendo otros á Trujillo. Dicen que para tener color á mover primero la guerra hizo una informacion contra Pizarro y sus consortes de cómo habian prendido á Paniagua, y de su dañada intencion y rebeldía; de suerte que se entendian los dos, y no se llevaban mas de los barriles.

Los muchos que se alzaron contra Pizarro, sabiendo que Gasca tenía la flota.

Hubo gran mudanza en los del Perú cuando supieron la negociacion de Gasca y la buena manera que tenía y usaba, y mayor con los despachos que llevó Paniagua; y así, se levantaron muchos luego que supieron cómo Hinojosa había entregado á Gasca la armada; entre los cuales fué Diego de Mora en Trujillo, que se fué á Caxamalca, donde recogió gran compañía de hombres que huyeron de Pizarro; y envió cartas de Gasca y de otros, que Aldana le dió, á muchos pueblos, para que tuviesen por el Rey. Gomez de Albarado, de Zafra, se alzó en Levanto de Chachapoyas, y Juan de Saavedra, que estaba en Guanuco, y Juan Porcel, que de los Chiquimayos iba á los Reyes, los de Guamanga con otros, y todos se juntaron con Diego de Mora en Caxamalca. También se alzaron Alonso Mercadillo en Zarza, y Francisco de Olmos en Guayaquil, matando á Manuel de Estacio, que por Pizarro estaba, y Rodrigo de Salazar en Quito, dando de puñaladas á Pedro de Puelles, que pensaba declararse otro día por el Rey, según dijera Diego de Urbina. Diego Alvarez de Almendral se alzó con hasta veinte compañeros cerca de Arequipa, y llamó á Diego Centeno, que aun se estaba escondido en ciertos pueblos de Cornejo, como en otra parte se dijo. Centeno se fué alegremente con Luis de Ribera á Diego Alvarez, y en breve se le juntaron mas de cuarenta españoles, y entretellos algunos de caballo que andaban remontados, holgando que Centeno fuese parecido. Fueron todos al Cuzco para levantarlo por el Rey; Antonio de Robles desde lo supo se puso en la plaza con trecientos hombres que tenía para llevar á Pizarro, pensando que traía muchos Centeno, pues osaba tal cosa. Centeno entró de noche secretamente, y saltó los enemigos. Murieron seis ó siete peleando, y él quedó herido. Entrepuso su autoridad el obispo fray Joan Solano, y diéronse los que al Rey querian; cortó en amaneciendo la cabeza al Antonio de Robles, y hubo los demás. Dejó por el Rey la ciudad; y fué á los Charcas sobre Alonso de Mendoza é Joan de Silvera, que con cuatrocientos hombres estaban en la Plata, de camino para Gonzalo Pizarro; el Mendoza y Silvera se fueron para él, por lo que les escribió, y por ver que llevaba cerca de quinientos españoles. Como Diego Centeno los tuvo en su ejército, fué á poner real en el desaguadero de Tiquicaca, para esperar lo que Gasca hacer le mandase.

Cómo Pizarro desamparaba el Perú.

No hay para qué decir la tristeza y pena que Pizarro y los suyos sintieron sabiendo cómo su armada estaba en poder de Gasca. Quejábanse de la confianza y amistad de Pedro de Hinojosa, arrepintiéndose por no haber enviado con la flota á Bachicao; y aun él decía burlando que la bondad y esfuerzo de Hinojosa tenían de parar en aquello, y que eran buenos los perros que ladraban y no mordían, porque nadie se les llegaba. Todavía mostraban buen corazón, como estaban enseñoreados en la tierra y como no venían por mar contra ellos. Envió Pizarro al Quito por la gente que tenía Pedro de Puelles, á Trujillo por la de Diego de Mora, al Cuzco por la de Antonio de Robles, á Arequipa por la

de Lucas Martin, á los Charcas por la de Joan de Silvera, á Levanto de Chachapoyas por la de Gomez de Albarado, á Guanuco por la de Joan de Saavedra, y á otras partes también. Mandó á Juan de Acosta ir con treinta de caballo á correr la costa, el cual fué hasta Trujillo; y lo tomó, que se había rebelado. Empero estaba sin casi gente, ca se había ido á la sierra con Diego de Mora; y si tuviera docientos, fuera allá y lo deshiciera. En Santa prendió cerca de treinta hombres de Aldana, engañando la celada que le tenían puesta, y llevólos á Lima. Dicen algunos que no eran soldados de Aldana, sino marineros que cogían agua. Pizarro se informó dellos, particularmente del aparato y ánimo de Gasca. Tornó á enviar al mismo Acosta con mas de docientos sobre Aldana y sobre Mora. Mas acordó tarde, porque ya Diego de Mora estaba muy pujante, y las voluntades muy declaradas de los que llevaba por el Rey, y se le huyeron Diego de Soria, Raodona y otros, y él degolló á Rodrigo Mejía porque se quería ir con otros á Caxamalca. Llamó del camino Pizarro á Joan de Acosta, reforzólo de mas gente, y enviólo contra Centeno, que, tomando el Cuzco, iba sobre la Plata. Llegó luego al puerto Lorenzo de Aldana con cuatro naos, y causó turbacion en la ciudad, y novedades entre soldados y amigos de Pizarro; ca envió al capitán Peña con los despachos de Gasca y traslados de las provisiones del Emperador. Pizarro quiso sobornar á Aldana con un Fernandez, y no pudo. Leyó las cartas, y aconsejóse qué se haría. Halló rebotados á muchos y desfalleció algo; aunque siempre dijo que con diez amigos que le quedasen había de conservarse y conquistar de nuevo el Perú: tanta era su saña ó su soberbia. Fuéronsele, con tanto, Alonso Maldonado, el rico, Vasco é Joan Perez de Guevara, Grabiel y Gomez de Rojas, el licenciado Niño, Francisco de Ampuero, Hierónimo Aliaga, de Segovia; Francisco Luis de Alcántara, Martin de Robles, Alonso de Cáceres, Ventura Beltran, Francisco de Retamoso y otros muchos; pero estos eran los principales. Entonces cantaba Francisco de Carabajal:

Estos mis cabellicos, madre,  
Dos á dos se los lleva el aire.

Estuvo Pizarro en grandísimo afán y desesperacion viendo sus amigos por enemigos, unos en el puerto, otros en casa. No sabía de quién confiarse, temiéndose de todos, según maldicion de tiranos. No sabía dónde ir, estando en Caxamalca Diego de Mora, y Diego Centeno en el Cuzco, y todos los pueblos contra él. Así que, dejando á Lima, se fué á Arequipa, teniendo siempre gran cuidado que ninguno se le huyese. Mas todavía se le huyó el licenciado Carabajal con sus parientes y amigos. Envió por Joan de Acosta para tener copia de gente, el cual se volvió, vista la carta y necesidad de Pizarro, desde Guamanga. Dejaronlo en el camino Paez de Sotomayor, su maestre de campo, y el capitán Martin de Olmos con buena parte de su compañía; Garci Gutierrez de Escobar, Gaspar de Toledo y otros muchos, por sonruirse que huía Pizarro. Desta manera desamparó Pizarro á Lima, cabeza del Perú, y llegó en Arequipa con propósito de irse fuera de lo conquistado. Aldana se metió en Lima, é Joan Alonso Palemino y Her-

nan Mejía se fueron á Jauja para recoger la gente, y esperar á Gasca y su ejército.

Vitoria de Pizarro contra Centeno.

Llegado que Joan de Acosta fué á Arequipa, consultó Pizarro lo que hacer debían para guardar las vidas y dineros, ya que la tierra no podían; ca no eran mas de cuatrocientos y ochenta, y todos los del Perú eran contra ellos. Determinados pues de irse á Chili, donde nunca hubiesen ido españoles, ó para conquistar nuevas tierras, ó para rehacerse contra Gasca, quisieron abrir camino por do estaba Centeno, que por fuerza tenían de pasar por entre sus contrarios; y también quería Pizarro ponerse en salvo, y saber cuántos y cuáles permanecerían con él, y tratar desde allí en concierto con Gasca, según Cepeda le aconsejaba. De Cabaña envió á Francisco de Espinosa con treinta de caballo por el camino del desaguadero de la laguna de Tiquicaca, que mandase á los indios proveer de comida para que Centeno pensase que iban por allí, y él echó con toda su gente por Orcosuyo, camino mas allegado á los Andes. Tomó algunos que andaban desmandados, y un clérigo que venía con respuesta de Centeno para Aldana, y ahorcólos su maestre de campo Carabajal. Tuvo Centeno aviso del intento de Pizarro por criados de Paulo, inga, que andaba con él, y porque por el capitán Olea, que se pasó por consejo de algunos mancebos, dejó y cortó la puente del Desaguadero, donde muy fuerte y seguro estaba, é fuese á Pucaran del Collao á esperar y dar batalla, creyendo tener la vitoria en la mano, y ganar el prez de matar ó vencer á Pizarro. Reparó y ordenó allí su gente como tenía de pelear; y por acercarse al enemigo, que estaba en Guárina, cinco leguas de Pucaran, y por tomar y tener á su parte la agua, se fué á poner su real á medio el camino, en un llano, aunque en lugar fuerte. Y otro día, que fué de las once mil vírgines, año de 47, repartió mil y docientos y doce hombres que tenía, de aquesta manera: hizo dos escuadrones de la caballería, que serían docientos y sesenta: del mayor, que puso al lado derecho, dió cargo á Luis de Ribera, su maestre de campo, y á Alonso de Mendoza y Hierónimo de Villegas; del otro á Pedro de los Rios, de Córdoba; Antonio de Ulloa, de Cáceres, y Diego Alvarez, del Almendral. La infantería estuvo junta, y eran capitanes Joan de Silvera, Diego Lopez de Zúñiga, Rodrigo de Pantoja, Francisco de Retamoso, y Joan de Vargas, hermano de Garcilaso de la Vega, que estaba con Pizarro. Centeno, que estaba con dolor de costado y sangrado á lo que dicen, se puso á mirar la batalla con el obispo del Cuzco fray Joan Solano, encomendando la hueste y la vitoria á Joan de Silvera y á Alonso de Mendoza. Pizarro, que sabía cuán á punto estaban por sus espías, salió de Guárina con cuatrocientos y ochenta españoles. Dió cargo de ochenta de caballo, que solamente tenía, á Cepeda y á Joan de Acosta; aunque Acosta trocó su lugar con Guevara, capitán de arcabuceros, que estaba cojo. De los peones fueron capitanes, sin Joan de Acosta, Diego Guillen, Joan de la Torre y Hernando Bachicao, que huyó al tiempo de arremeter. Estando para encontrarse, huyeron los mas de Pizarro que á caballo estaban. Cepeda y Guevara pusieron entonces obra de veinte arca-

buceros entre los caballeros de las primeras hileras, y estuviéronse quedos, é lo mesmo hizo su infantería. Alonso de Mendoza y los de su escuadron corrieron hácia los caballos de Pizarro, y fueron desordenados por los veinte arcabuceros y rompidos por Cepeda. El otro escuadron acometió los peones; mas como los arcabuceros derribaron á Pedro de los Rios y á otros que iban delante, dejáronlos y fueron á ayudar á sus compañeros, y todos juntos desbarataron la caballería de Pizarro, no dejando casi hombre de ellos sin matar y herir, ó que no se rindiesen. Los de Centeno calaron sus picas algo léjos; aguijaron mucho, con la priesa que les daba un clérigo vizcaíno, pensando vencer así mas áina. Descargaron de golpe los arcabucos y sin tiempo, sintiendo tirar á los contrarios; así que al tiempo de la afrenta estaban cansados y medio desordenados. Los de Pizarro jugaron á pié quedo sus arcabucos dos ó tres veces, aunque Joan de Acosta se adelantara con treinta dellos por mas los desordenar, y lo derribaron á picazos é hirieron malamente. Fué Joan de la Torre á valerle con setenta arcabuceros, y valióle matando á Joan de Silvera con otros muchos. Llegó por otra parte Diego Guillen, y brevemente mataron cuatrocientos contrarios y desbarataron los demás. Visto que sus caballeros eran vencidos, fué á socorrerlos Joan de la Torre con muchos arcabuceros. Tiró á bulto, que así se lo aconsejó Carabajal, porque andaban mezclados unos con otros, y á dos cargas los desbarató; aunque mató algunos amigos con los enemigos. Desta manera vencieron los que pensaron ser vencidos, aunque pelearon bien los de Centeno. Murieron ciento de Pizarro, y entre ellos Gomez de Leon y Pedro de Fuentes, capitanes. Quedaron heridos Cepeda, Acosta, Diego Guillen y otros. Pizarro corriera peligro si Garcilaso no le diera un caballo. Murieron cuatrocientos y cincuenta de Centeno con los capitanes Luis de Ribera, Joan de Silvera, Pedro de los Rios, Diego Lopez de Zúñiga, Joan de Vargas y Francisco Negral. Huyó Diego Centeno, sin esperar al Obispo, y todos los que quisieron; ca no siguieron el alcance los vencedores: tan deshechos quedaron.

En lo que Pizarro entendió tras esta vitoria.

Otro día después de la vitoria envió Pizarro á Joan de la Torre con treinta arcabuceros de caballo al Cuzco tras los vencidos, y á Diego de Carabajal el Galan con otros tantos á Arequipa, y á Dionisio de Bobadilla con otros treinta á los Charcas para recoger la gente y tener los caminos; y él, tomando el despojo, caminó para el Cuzco por el Desaguadero con todo el ejército. Mas primero hizo matar al capitán Olea porque se pasó á Centeno. Justiciaron también otros cuatro ó cinco, y Francisco de Carabajal se alabó haber muerto por su contentamiento, el día de la batalla, cien hombres, y entre ellos un fraile de misa; crueldad suya propia, si ya no lo decía por gloria de la vitoria, que se atribuya el vencimiento á sí; todo es de creer, pues era batalla civil y peleaban unos hermanos contra otros. En Pucaran hubieron enojo Pizarro y Cepeda sobre tratar del concierto con Gasca, diciendo Cepeda ser entonces tiempo, y trayéndole á la memoria que se lo había prometido en Arequipa. Pizarro, siguiendo el parecer de otros y su for-

tuna, dijo que no convenia, porque tratando en ello se lo ternian á flaqueza, y se le irian los que allí tenia, y le faltarian los muchos amigos que con Gasca estaban. Garcilaso de la Vega con algunos fueron del parecer de Cepeda. En Juli, lugar del Rey, mataron á Bachicao, y Francisco de Carabajal se fué á Arequipa por el camino de la mar, entendiendo que huyera por allí Diego Centeno, y para traer las mujeres al Cuzco, porque no aviasen con indios á sus maridos que andaban con Gasca, é porque se viniesen ellos á ellas. Entró Pizarro en el Cuzco con gran admiracion del pueblo; ahorcó á Herrezuelo, al licenciado Martel, á Joan Vazquez y otros, con acuerdo de sus letrados. Puso mucha guarda en todo, y aun quiso enviar á Joan de Acosta con docientos de caballo, arcabuceros, á dar en Gasca, publicando que iban todos contra él para que no se le fuese nadie. Hizo muchos arcabuceros y seis piezas de artillería, muchas armas de fierro y muchas picas. En fin, él atendió más á labrar armas que á ganar voluntades. Trajo Carabajal las mujeres de Arequipa y otros muchos, y todo el oro, plata y piedras que pudo sacar; ca tan amigo era de robar como de matar; y así, dicen que despojó toda aquella tierra sin que Pizarro hablase. Mas el lobo y la vulpeja todos eran de una conseja.

Lo que hizo Gasca en llegando al Perú.

Gasca se partió de Panamá mucho después que Aldana, con todos los navios y hombres que pudo; y por ser verano tiempo contrario para navegar de allí á Túmbez, tuvo ruin navegacion, y fué á Gorgona contra la gran corriente de la mar. En fin, llegó á Túmbez con mucho trabajo, aunque con buenas nuevas, porque supiera en el camino cómo ciertos soldados de Blaseo Nuñez habian tomado á Puerto-Viejo, matando al capitán Morales, que Bachicao allí dejó, y prendiendo á Lope de Ayala, teniente de Pizarro; y cómo estaban por el rey, Francisco de Olmos en Guayaquil, y Rodrigo de Salazar, el eorcovado de Toledo, en Quito. Luego pues que llegó, tuvo mensajeros de Diego de Mora, Joan Porcel, Joan de Saavedra y Gomez de Albarado, que con mucha gente estaban en Caxamalca, de la cual era maestre de campo Joan Gonzalez. El les respondió loando mucho su fidelidad y ánimo. Supo tambien la pujanza de Centeno y la huida de Pizarro, de que holgó infinito, creyendo estar el juego entablado de suerte que no le podria perder. Escribió á Centeno que no diese batalla hasta juntarse con él. Aderezó las armas y arcabuces, que venian tomados y perdidos. Envió á don Joan de Sandoval á recoger en Sant Miguel los que de Pizarro y otros cabos acudian. Llamó á Mercadillo, que trajese la gente de Bracamoros, y á otros capitanes, á cuyo mandado y fama vinieron muchos de muchas partes, Sebastian de Benalcázar, Francisco de Olmos, Rodrigo de Salazar y otros capitanes. Viendo pues que todos venian y estaban por el Emperador, envió Gasca un mensajero á la Nueva-España, que no enviase el Virey á don Francisco, su hijo, con los seiscientos hombres que á punto tenia, pues no eran menester. No vino por esto don Francisco de Mendoza, mas vino Gomez Arias y el oidor Ramirez con los de Nicaragua y Cuauhtemallan. Así que de Túmbez fué Gasca á Trujillo con parte de los que tenia, y envió

los demás á Caxamalca por la sierra con el adelantado Pascual de Andagoya y Pedro de Hinojosa, su general, para llevar los que allí estaban á Jauja, donde se juntaron todos, por ser tierra proveida de mantenimientos. Pasaron gran trabajo los unos y los otros con las nieves y sierras, hasta llegar allí. Llegó primero él; y como supo el vencimiento y perdicion de Centeno, recelóse algo, y envió al mariscal Alonso de Albarado á los Reyes por los españoles que Aldana tenia, con dineros prestados para socorrer y pagar los soldados. Recorrió las armas, aderezó los arcabuces y tiros, hizo pelotas y pólvora, cosoletes, picas, lanzas jinetas y de armas con una solicitud admirable. Envió á correr y espiar el camino del Cuzco á Alonso Mercadillo, y tras él á Lope Martin, portugués, que se adelantó y fué á tierra de Andagoalas, é dió de noche sobre cierta gente de Pizarro que habia venido por bastimentos y por los caciques. Peleó y venciólos, aunque eran muchos mas; ahorcó algunos, y trajo hartos que informaron á Gasca del estado, ánimo y pensamientos de Gonzalo Pizarro; y por su informacion, envió allá á Mercadillo y á Palomino con sus arcabuceros que ocupasen y defendiesen aquel valle de Andagoalas, que por ser proveído era importante para la guerra. Llegaron en aquella sazón Alonso de Mendoza, Hierónimo de Villegas, Antonio de Ulloa y otros que se habian escapado de la de Guarina, con el obispo del Cuzco, y dende á poco Hinojosa y Andagoya con toda la gente de Caxamalca, y luego Albarado con la de los Reyes. Así que Gasca, como tuvo junta toda la gente, nombró capitanes á los que ya lo eran, general á Hinojosa, maestro de campo al mariscal Albarado, y alférez del estandarte real al licenciado Benito Xarez de Carabajal, y dió la artillería á Grabiél de Rojas. Pagó á muchos soldados que descontentos andaban, y aun solevantados con la gran vitoria de Pizarro, que lo tenían por invencible en el Perú y por señor de todo él. Y porque habia novedades ahorcaron al capitán Pedro de Bustinca y otros noveleros y pizarristas. Pasaron alarde mas de dos mil españoles, harto lucida gente. Algunos desminuyen y otros acrecientan este número. Habia quinientos caballos y novecientos y cincuenta arcabuceros, y muchos cosoletes y arneses. De Jauja fueron á Guamanga, donde comenzaron á sentir falta de vituallas; y en Bilcas repartió la comida el oidor Cianca. Llegados en Andagoalas, comieron mejor; mas como el maíz era verde, adoleció la cuarta parte del ejército, y entonces se conoció el provecho del hospital que Gasca ordenara. Llovió tanto sin descampar, treinta noches y dias que allí estuvieron, que se pudrian las tiendas de campo, y se hinchaban y tollian los hombres con la humedad y frio. Llegaron allí Diego Centeno y Pedro de Valdivia, que venia de Chili á pedir gente de socorro; con los cuales se holgó Gasca y todo el campo, y corrieron cañas y sortija de placer. Hizo Gasca á Valdivia coronel de la infantería. Estaban todos ganosos de pelear, y Gasca de concluir la guerra; y así, caminaron á buscar los enemigos en comenzando las aguas de avadar.

Cómo Gasca pasó el río Apurima sin contraste.

Partió Gasca de Andagoalas por marzo, y pasó la puente de Abancay con increíble alegría de todo su

La batalla de Xaquixaguana, donde fué preso Gonzalo Pizarro.

ejército. Llevaba buen concierto y consejo de guerra, y mucha reputacion con los obispos del Perú, y grandes espías, que dijeron cómo los enemigos habian quebrado las puentes de Apurima, que á veinte leguas está del Cuzco. Llegó pues al río, y mandó traer madera y rama para hacer puentes; lo cual trajeron los indios con presteza y voluntad, aunque lloviendo. Era el río trecientos piés de ancho, y no bastaban vigas; era hondo, y no habia manera de hincar postes; y por eso hicieron muchas criznejas de vergaza, que son unas largas y gordas maromas como sogas de á noria; las cuales atravesadas sirven de puente. Parecióles que seria bien para encobrir su intencion comenzar tres puentes: una en el camino real, otra en Cotabamba, doce leguas el río arriba; otra mas arriba, en ciertos pueblos de don Pedro Puertocarrero. Fueron á Cotabamba para pasar por allí, y cegaron algunos en la sierra, que nevada estaba. Contradijeron aquel paso algunos capitanes, especialmente Lope Martin, dando razones cómo era mejor pasar el río mas arriba. Fueron á verlo Pedro de Valdivia, Diego de Mora, Grabiél de Rojas y Francisco Hernandez Aldana; y como dijeron ser mejor, hicieronlo. Lope Martin, que guardaba la ribera y criznejas, como supo que llegaba el campo, echó las maromas sin que se lo mandasen. E ya que atadas tenia tres dellas á la otra parte, cargaron los indios y velas de Pizarro, y cortaron ó quemaron las dos sin mucha contradicion; y avisaron dello á Pizarro, llevándole treinta cabezas de españoles que habian muerto, segun dicen. Gasca y todos recibieron gran pesar con tal nueva. Agujieron con la infantería para remediar aquel error, y en llegando hizo Gasca pasar en balsas á los capitanes de arcabuceros, y luego piqueros y algunos caballos. Hartos pasaron á nado por sí y en sus caballos. Como iban pasando iban atado criznejas; y como nadie los estorbaba, hicieron la puente aquella noche y el dia siguiente, por la cual pasó después á salvo todo el resto del ejército. Muchos pasaron á gatas aquella noche por las criznejas: tanta gana lo tenían, ó tanta prisa Gasca les daba; y fué maravilla no caer, que hacia escuro, aunque la escuridad les valia para no desvanecer mirando el agua. Era muy agra la ribera por ambas partes, y mucha la prisa de pasar; y así, cayeron algunos rempujándose unos á otros, de los cuales se ahogaron hartos que no sabian ni podian nadar con la gran corriente del río; y tambien se ahogaron muchos caballos, que todo fué gran pérdida para tal tiempo. Mas pasar fué vencer. No se puede decir el alegría que todos tenían en haber ganado el río, muralla de los enemigos, y en no ver gente de Pizarro por allí. Fué don Joan de Sandoval á reconocer un gran cerro que á vista era y áspero de subir; y como vacío estaba, ocupáronlo á la hora Hinojosa y Valdivia con buen golpe de gente; donde, si Joan de Acosta, que venia con cincuenta de caballo arcabuceros, llegara mas aína y trajera mayor compañía, los pudiera fácilmente deshacer, segun iban cansados de subir legua y media de cuesta. Mas como trajese pocos, tornó por mas, y entre tanto casi pasaron todos y doce piezas de artillería, y se pusieron en lo alto del cerro.

Pizarro, entendiendo que Gasca venia á pasar el río de Apurima por Cotabamba, salió del Cuzco. Andaba en la ciudad dias habia la fama de la pujanza y venida de Gasca con gran ejército, y desmandábanse muchos en hablar. Y doña María Calderon, mujer de Hierónimo de Villegas, dijo que tarde ó temprano se habian de acabar los tiranos. Fué allá Carabajal y dióle un garrote, y ahogóla estando en la cama; por lo cual chitaron todos. Salió pues Pizarro con mil españoles y mas, de los cuales los docientos llevaban caballos, y los quinientos y cincuenta arcabuceros. Mas no tenían confianza de todos, por ser los cuatrocientos de aquellos de Centeno; y así, tenia mucha guarda en que no se le fuesen, y alanceaba á los que se iban. Envió Pizarro dos clérigos, uno tras otro, á requerir á Gasca por escripto que le mostrase si tenia provision del Emperador en que le mandase dejar la gobernacion; porque mostrándose la originalmente, él estaba presto de la obediencia, y dejar el cargo y aun la tierra; pero si no la mostrase, que protestaba darle batalla, y que fuese á su culpa, y no á la suya. Gasca prendió los clérigos, avisado que sobornaban á Hinojosa y otros, y respondió que se diese, enviándole perdon para él y para todos sus secuaces, y diciéndole cuánta honra ganado habria en hacer al Emperador revocar las ordenanzas, si servidor y en gracia quedaba de su majestad, como solia; é cuánta obligacion le ternian todos dándose sin batalla, unos por quedar perdonados, otros por quedar ricos, otros por quedar vivos, ca peleando suelen morir. Mas era predicar en el desierto, por su gran obstinacion y de los que le aconsejaban; ca, ó estaban como desesperados, ó se tenían por invencibles; y á la verdad ellos estaban en muy fuerte sitio, y tenían gran servicio de indios y comida. Asentara Pizarro su real donde por un cabo lo cercaba una gran barranca, por otro una peña tajada, que no se podia subir á pié ni á caballo. La entrada era angosta, fuerte y artillada; de suerte que no podia ser tomado por fuerza, ni menos por hambre, ca tenia cierta, como dije, la comida con los indios. Salió Pizarro fuera entonces, y dió una pavonada en gentil ordenanza, disparando sus tiros y arcabuces, y aun escaramuzaron los unos corredores con los otros, y se deshonraban. Los nuestros decian traidores, desleales, crueles; y ellos esclavos, abatidos, pobres, irregulares, porque Gasca y los obispos y frailes predicadores batallaban. Empero no se conocian con la mucha niebla que hizo aquella tarde. Gasca y otros querian excusar batalla, por no matar ni morir, y pensaban que todos ó los mas de Pizarro se les pasarían; y así, le seria forzado darse. Mas entrando aquella noche en consejo acordaron de darla, porque no tenían buen recado de agua ni pan ni leña, helando mucho, y porque no se pasasen de los suyos á Pizarro, que de todas aquellas cosas tenía gran abundancia. Así que todos estuvieron armados y en vela toda la noche y sin parar las tiendas, é con el gran frio se les cayeron á muchos las lanzas de las manos. Quiso Joan de Acosta ir con seiscientos hombres encamisados aquella noche, que fué domingo, á desbaratar á Gasca, teniendo por averiguado que lo desbaratará segun el frio y miedo de los suyos. Mas Pizarro se lo estorbó, diciendo:

«Joan, pues lo tenemos ganado, no lo queráis aventurar;» que fué soberbia ó ceguera para perderse. Cuando el alba vino comenzaron á sonar los atambores y trompetas de Gasca: arma, arma, cabalga, cabalga, que los enemigos vienen. Iban ciertos de Pizarro con arcabuces subiendo el cerro arriba. Saliéronles al encuentro Joan Alonso Palomino y Hernando Mejía con sus trecientos arcabuceros, y escaramuzando con ellos, les hicieron volver á su puesto. Enviaron Valdivia y Albarado por el artillería; bajó luego todo el ejército al llano del valle de Xaquixaguana, por detrás de aquella misma cuesta, y tan agra bajada tuvieron, que llevaban los caballos de rienda; y como abajaban, se ponían en hilera con sus banderas, según Diego de Villavicencio, de Jerez de la Frontera, sargento mayor, disponía. Hicieronse dos escuadrones de la infantería, cuyos capitanes eran el licenciado Ramirez, don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Diego de Urbina, Gomez de Solís, don Fernando de Cárdenas, Cristóbal Mosquera, Hierónimo de Aliaga, Francisco de Olmos, Miguel de la Serna, Martin de Robles, Gomez de Arias y otros. Hicieronse otros dos batallones de la caballería, que tomaron en medio de los peones. Del que iba al lado izquierdo eran capitanes Sebastian de Benalcázar, Rodrigo de Salazar, Diego de Mora, Joan de Saavedra y Francisco Hernandez de Aldana. Del que iba al derecho con el pendon real, que llevaba el licenciado Carabajal, eran don Pedro de Cabrera, Gomez de Albarado, Alonso Mercadillo, el oidor Cianca y Pedro de Hinojosa, que de todos era general. Iban tambien por aquel cabo, algo apartados y delanteros, Alonso de Mendoza y Diego Centeno por sobresalientes para las necesidades. Gasca y los obispos y frailes bajaron con Pardabe tras la artillería que llevaban Grabiél de Rojas, Albarado, Valdivia, con Mejía y Palomino; los cuales dos capitanes se pusieron por mangas de la batalla con cada ciento y cincuenta arcabuceros; Hernando Mejía y Pardabe á la diestra por hácia el rio, y á la siniestra por hácia la montaña Joan Alonso Palomino. Ordenadas pues las haces como dicho es para la batalla, caminó Hinojosa paso á paso hasta poner el ejército á tiro de arcabuz del enemigo, en un bajo donde no lo podia coger el artillería contraria. Pizarro dijo á Cepeda que ordenase la batalla. Cepeda, que deseaba pasarse á Gasca sin que le matasen, vió ser entonces su hora, y dándole á entender cómo no era bueno aquel lugar, por jugar de lleno en él la artillería de Gasca, pasó la barranca como que á tomar otro asiento bajo donde no les dañase la artillería, y en viéndose allá puso las piernas á su caballo para irse á Gasca. Cayó luego, como iba alterado y medroso, en un aguacero, y si no le sacaran unos negros que enviara delante, lo alancearan los de Pizarro, que le seguían. Desmayaron mucho en el real de Pizarro con la ida de Cepeda, y con que tras él se fueron Garcilaso de la Vega y otros principales. Gasca abrazó y besó en el carrillo á Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido á Pizarro con su falta; ca según pareció, Cepeda le hubo avisado con fray Antonio de Castro, prior de santo Domingo en Arequipa, que si Pizarro no quisiese concierto ninguno, él se pasaria al servicio del Emperador á tiempo que le deshiciese. Pesóle mucho á Pizarro la ida

de los unos y el desmayo de los otros, mas con buen esfuerzo se estaba quedo. Pizarro viendo los enemigos cerca, envió muchos arcabuceros á picarlos; puso los indios, que muchos eran, en una ladera; dió cargo del artillería á Pedro de Soria, ordenó dos haces de su gente; una de los peones, que encomendó á Francisco de Carabajal, cuyos capitanes eran Joan Vélez de Guevara, Francisco Maldonado, Joan de la Torre, Sebastian de Vergara y Diego Guillen; otra de los caballeros, que quiso él regir, de la cual estaban por capitanes el oidor Cepeda y Juan de Acosta. Estando pues así todos con semblante de pelear, jugaba el artillería de ambas partes; la de Pizarro se pasaba por alto, y la de Gasca tiraba como al hito; y así acertó de los primeros tiros una pelota al toldo de Pizarro y matóle un paje; por lo cual abatieron las tiendas los indios con mandamiento de Carabajal; el cual, que iba con los arcabuceros á escaramuzar, envió á decir á Pizarro que se aperciese á la batalla, pensando que le acometerían los de Gasca con la furia y desórden que los de Centeno y Blasco Nuñez; pero Hinojosa estuvo tambien quedo, porque se lo aconsejaban los que de Pizarro se le pasaban, afirmando que sin pelear vencerían. Estaban los ejércitos á tiro de arcabuz, y recogían Mendoza y Centeno, que á ese propósito se adelantaron un poco, los que se pasaban, entre tanto que los unos y los otros arcabuceros escaramuzaban. Pedro Martín de Cecilia y otros alanceaban los que se iban de Pizarro; mas no podían detenerlos, ca se pasaron de un tropel treinta y tres arcabuceros, y luego arrojaron las armas en el suelo muchos, diciendo que no pelearían; y en breve se deshicieron los escuadrones. Y así embelesaron Pizarro y sus capitanes, que ni pudieron pelear ni quisieron huir, y fueron tomados á manos, como dicen. Preguntó Pizarro á Joan de Acosta qué harían; y respondiéndole se fuesen á Gasca, «vamos, dijo, pues, á morir como cristianos;» palabra de cristiano y ánimo de esforzado. Quiso rendirse antes que huir; ca nunca sus enemigos le vieron las espaldas. Viendo cerca á Villavicencio, le preguntó quién era; y como respondió que sargento mayor del campo imperial, dijo: «Pues yo soy el sin ventura Gonzalo Pizarro;» y entrególe su estoque. Iba muy galán y gentil hombre, sobre un poderoso caballo castaño, armado de cota y coracinas ricas, con una sobrerropa de raso bien golpeada, y un capacete de oro en la cabeza, con su barbote de lo mismo. Villavicencio, alegre con tal prisionero, lo llevó luego, así como estaba, á Gasca; el cual, entre otras cosas, le dijo si le parecía bien haberse alzado con la tierra contra el Emperador. Pizarro dijo: «Señor, yo y mis hermanos la ganamos á nuestra costa, y en querella gobernar como su majestad lo habia dicho, no pensé que erraba.» Gasca entonces dijo dos veces que le quitasen de allí, con enojo. «Diólo en guarda á Diego Centeno, que se lo suplicó. De la manera que dicho es venció y prendió Gasca á Gonzalo Pizarro. Murieron diez ó doce de Pizarro y uno de Gasca. Nunca batalla se dió en que tantos capitanes fuesen letrados, ca fueron cinco licenciados, Cianca, Ramirez, Carabajal, Cepeda, y Gasca, caudillo mayor, el cual iba en los delanteros con su zamarra, ordenaba la artillería y animaba los de caballo que corriesen tras los que huían. Fray Rocha

lo acompañaba con una alabarda en las manos, y los obispos andaban entre los arcabuces, esforzando los arcabuceros contra los tiranos y desleales. Saquearon al real de Pizarro, y muchos soldados hubo que tomaron á cinco y á seis mil pesos de oro, y mulas y caballos. Uno de Pizarro topó una acémila cargada de oro; derribó la carga, y fué con la bestia, no mirando el necio los lios.

La muerte de Gonzalo Pizarro por justicia.

Envió Gasca luego al Cuzco á Martin de Robles con su compañía, que prendiese los huidos, y guardase la ciudad de saco y fuego. Cometió la causa de Pizarro y de los otros presos al licenciado Cianca y mariscal Albarado; los cuales, haciendo su proceso, sentenciaron trece dellos á muerte por traidores, y ejecutaron la sentencia otro día de la batalla. Sacaron á Gonzalo Pizarro á degollar en una mula ensillada, atadas las manos y cubierto con una capa. Murió como cristiano, sin hablar, con gran autoridad y semblante. Fué llevada su cabeza, y puesta en la plaza de los Reyes, sobre un pilar de mármol, rodeado de una red de hierro, y escrito así: «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro, que dió batalla campal en el valle de Xaquixaguana contra el estandarte real del Emperador, lunes 9 de abril del año de 1548.» Así acabó Gonzalo Pizarro, hombre que nunca fué vencido en batalla que diese, é dió muchas. Diego Centeno pagó al verdugo las ropas, que ricas eran, porque no lo desnudase, y lo enterró con ellas en el Cuzco. Ahorcaron y descuartizaron á Francisco de Carabajal, de Ragama; á Joan de Acosta, Francisco Maldonado, Joan Vélez de Guevara, Dionisio de Bobadilla, Gonzalo Morales de Almajano, Joan de la Torre, Pedro de Soria, de Calatañazor; Gonzalo de los Nidos, que le sacaron la lengua por el colodrillo, y otros tres ó cuatro. Azotaron y desterraron muchos á las galerías y al Chili. Francisco de Carabajal estuvo duro de confesar. Cuando le leyeron la sentencia que lo mandaban ahorcar, hacer cuartos, y poner la cabeza con la de Pizarro, dijo: «Basta matar.» Fué Centeno á verle la noche antes que lo matasen, y él hizo que no le conocía; y como le dijeron quién era, respondió que, como siempre lo habia visto por las espaldas, no lo conocía; dando á entender que siempre le huyó. Largo seria de contar sus dichos y hechos crueles; los contados bastan para declaración de su agudeza, avaricia é inhumanidad. Habia ochenta y cuatro años, fué alférez en la batalla de Ravena, y soldado del Gran Capitan, y era el mas famoso guerrero de cuantos españoles han á Indias pasado, aunque no muy valiente ni diestro. Dicen por encarecimiento: «Tan cruel como Carabajal;» porque de cuatrocientos españoles que Pizarro mató fuera de batallas, después que Blasco Nuñez entró en el Perú, él los mató casi todos con unos negros que para eso traía siempre consigo. Murieron casi otros mil sobre las ordenanzas, y mas de veinte mil indios, llevando cargas, é huyendo á los yerros por no las llevar, do perecian de hambre y sed. Porque no huyesen, ataban muchos dellos juntos y por los pescuezos, y cortaban la cabeza al que se cansaba ó adolecía, por no pararse ni detenerse; cosa que los buenos podían mirar, y no castigar.

HA.

El repartimiento de indios que Gasca hizo entre los españoles.

En siendo degollado Pizarro, se fué Gasca al Cuzco con todo el ejército para dar asiento en los negocios tocantes al sosiego y contento de los españoles, al bien y descanso de los indios y al servicio del Rey y de Dios, que lo mas principal era. Como llegó, derribaron las casas de Pizarro y de otros traidores, y sembráronlas de sal, y pusieron otra piedra con letras que dicen: «Estas casas eran del traidor de Gonzalo Pizarro.» Envio Gasca al capitan Alonso de Mendoza con gente á los Charcas á prender los pizarristas que allí huido habian, y traer los quintos y tributos del Rey. Envio eso mesmo á Grabiél de Rojas, á Diego de Mora y á otros, por toda la tierra, á recoger las rentas y quinto real. Hizo un pueblo entre el Cuzco y el Collao, que llaman Nuevo. Despachó al Chili á Pedro de Valdivia con la gente que seguirle quiso, y al capitan Benavente á su conquista, tierra hácia Quito, y rica de ganado y minas de oro. Proveyó á Diego Centeno para las minas de Potosí, que caen en los Charcas y que son las mejores del Perú, y aun del mundo; ca de un quintal de minero sale medio de plata y mucho mas; y una cuesta hay allí toda veteada de plata, que tiene media legua de alto y una de circúito. Dió licencia que se fuesen á sus casas y pueblos todos los que tenían vecindad, vasallos y hacienda. Era todo esto para desecharlos de sí, que lo fatigaban pidiéndole repartimientos y en qué vivir. Salióse pues á Apurima, doce leguas del Cuzco, y allí consultó el repartimiento con el arzobispo de los Reyes, Loaisa, y con el secretario Pero Lopez, y dió millon y medio de renta, y aun mas, á diversas personas, y ciento y cincuenta mil castellanos en oro, que sacó á los encomenderos. Casó muchas viudas ricas con hombres que habian bien servido al Rey. Mejoró á muchos que ya tenían repartimientos, y tal hubo que llevó cien mil ducados por año; renta de un principe, si no se acabara con la vida; mas el Emperador no la da por herencia. Quien mas llevó fué Hinojosa. Fué Gasca á los Reyes por no oír quejas, reniegos y maldiciones de soldados, y aun de temor, enviando al Cuzco al Arzobispo á publicar el repartimiento, y á cumplir de palabra con los que sin dineros y vasallos quedaban, prometiéndoles grandes mercedes para después. No pudo el Arzobispo, por bien que les habló, aplacar la saña de los soldados á quien no les alcanzó parte del repartimiento, ni la de muchos que poco les cupo. Unos se quejaban de Gasca porque no les dió nada; otros, porque poco, y otros, porque lo habia dado á quien desirviera al Rey, y á confesos, jurando que lo tenían de acusar en consejo de Indias; y así, hubo algunos, como el mariscal Alonso de Albarado y Melchior Verdugo, que después escribieron mal del al fiscal, por via de acusacion. Finalmente, platicaron de amotinarse, prendiendo al Arzobispo, al oidor Cianca, á Hinojosa, á Centeno y Albarado, y rogar al presidente Gasca reconociese los repartimientos, y diese parte á todos, dividiendo aquellos grandes repartimientos ó echándoles pensiones, y si no, que se los tomarian ellos. Descubrióse luego esto, y Cianca prendió y castigó las cabezas del motin; con que todo se apaciguó.

La tasa que de los tributos hizo Gasca.

Asentó Gasca en los Reyes audiencia real, y presidió como presidente á todas las causas y negocios de gobernacion. Eran oidores los licenciados Andrés de Cianca, Pedro Maldonado Santillan y el doctor Melchior Bravo de Saravia, natural de Soria, caballero de ciencia y conciencia, que tenía la segunda silla y audiencia. Procuró Gasca la conversion de los indios que aun no eran bautizados, é que continuasen la predicacion y doctrina cristiana los obispos, frailes y clérigos; porque con las guerras habian aflojado. Vedó, so grandísimas penas, que no cargasen indios contra su voluntad ni los tuviesen por esclavos, que así lo mandaban el Papa y el Emperador; mas por la gran falta de bestias de carga, proveyó en muchas partes que se cargasen, como lo hacian en tiempo de idolatría, sirviendo á sus ingas y señores, que fué un pecho personal, por el cual les quitaron la tercia parte del tributo. Empero mandóse que no los sacasen de su natural, porque no se destemplasen y muriesen; sino que los criados en los llanos, tierra caliente, sirviesen allí; é los serranos, hechos al frío, no bajasen al llano; y que los remudasen á tiempos, porque no llevasen siempre unos la carga. También dejó muchos que llaman matimaes, y que son como esclavos, segun y de la manera que Guainacapa los tenía, y mandó á los demás ir á sus tierras; pero muchos dellos no quisieron, sino estarse con sus amos, diciendo que se hallaban bien con ellos, y aprendian cristiandad con oír misa y sermones, y ganaban dineros con vender, comprar y servir. Dicen que faltan los medios de lo conquistado en el Perú, por cargarlos mucho y á menudo; que los encomenderos no lo podian ni osaban contradecir á los soldados, que sin piedad ninguna los llevaban, ó mataban si no iban; y aun en presencia de Gasca, durante la guerra y camino, lo hacian. Escogió Gasca muchas personas de bien que visitasen la tierra. Dióles ciertas instrucciones, encargóles la conciencia, y tomóles juramento en manos del sacerdote, que les dijo una misa del Espíritu Santo, que harian bien y fielmente su oficio. Aquellos visitadores anduvieron todos los pueblos del Perú que sujetos están al Emperador, unos por un cabo y otros por otro. Tomaron juramento á los encomenderos ó sus personeros, aunque fuesen del Rey, que declarasen cuántos indios, sin viejos y niños, habia en sus lugares y repartimientos, y qué y cuánto pechaban. Echábanlos fuera de su tierra, y examinaban los caciques é indios sobre las vejaciones y demasías que sus dueños les hacian, y sobre qué cosas se criaban y cogian en su territorio; qué solian tributar á los ingas, donde llevaban los tributos; ca tributaban á sus ingas lagartijas, ranas y tales cosas, si al no tenían; y lo que al presente pagaban, pagar podrían en adelante, dándoles á entender la merced que les hacia el Emperador en moderar el tributo y dejarlos casi francos y señores de sus propias haciendas y granjerías; ca muchos indios del llano, que viven sin casas ni poblacion, como entendieron la visita y tasa, huyeron, pensando que cuanto menos personas hallasen los visitadores, menos pechos ponian; é así, quedarian libres en la hacienda, como en la persona. Vueltos pues que fueron los visitadores, encomendó Gasca la tasa-

cion al arzobispo Loaísa, y á Tomás Sant Martin y Domingo de Santo Tomás, frailes dominicos. Los cuales, tomando el parecer de los visitadores, y cotejando los dichos de los señores y de los vasallos, tasaron los tributos mucho menos que los mismos indios decian que podrian buenamente pagar. Gasca lo mandó así, y que cada pueblo pagase su pecho en aquello que su tierra producía, si oro en oro, si plata en plata, si coca en coca, si algodón, sal y ganado, en ello mesmo; aunque mandó á muchos pagar en oro y plata no teniendo minas, por razon que se diesen al trabajo y trato para haber aquel oro, criando aves, seda, cabras, puercos y ovejas; é llevándolo á vender á los pueblos y mercados, juntamente con leña, yerba, grano y tales cosas; y porque se vezasen á ganar jornal trabajando y sirviendo en las casas y haciendas de los españoles, é aprendiesen sus costumbres y vida política cristiana, perdiendo la idolatría y borracheras á que con la gran ociosidad mucho se dan. Publicóse pues la tasa; y quedaron muy alegres los indios y contentos, que de antes no descansaban ni dormian, pensando en los cogedores; y si dormian, los soñaban. Quedóles puesta pena si dentro de cierto tiempo de cada un año, en veinte dias después, no pagasen sus tributos y pechos. E al encomendero que llevase mas de la tasa, el cuatro tanto por la primera vez, y por la segunda, que perdiese la encomienda y repartimiento.

Los gastos que Gasca hizo, y el tesoro que juntó.

No entró Gasca en el Nombre de Dios con mas de cuatrocientos ducados; empero buscó prestados y á cambio cuantos dineros menester hubo para la guerra, cuando Pizarro se puso en resistencia; con los cuales compró armas, artillería, caballos y matalotaje; pagó el sueldo y dió socorros, é hizo otros muchos gastos; en que, echada cuenta por pluma, gastó novecientos mil pesos de oro desde que llegó hasta que salió del Perú; ca fué necesario gastar largo con los españoles, y valian carísimo las cosas de Castilla, no solamente las de comer y vestir, pero las de guerrear, como eran caballos, arcabuces y coseletes; y es de notar que, siendo aquella tierra tan cara y léjos, hay tantas y tan buenas armas y caballos; mas allá van mercaderías do quieren dineros. Recogió Gasca las rentas y quintos del Rey, y el oro y plata de los traidores y condenados, y allegó tanto tesoro, que pagó los novecientos mil pesos, y le quedaron para traer al Emperador un millon y treientos mil castellanos en plata y oro; cosa de que mucho se maravillaron todos, y no por el dinero, sino por la manera con que lo juntó. Nunca procuró ni tomó para sí un real; y así, digo que nunca pasó al Perú español con cargo ni sin él, que no tomase algo, sino Gasca, que no le conocieron, aunque lo miraron, señal de avaricia; por la cual se perdieron, y mataron cuantos habemos contado en las guerras del Perú. Saco empero á Blasco Nuñez Vela, que realísimamente fué servidor del Emperador y libre de tal vicio; aunque porfió algo los negocios por sus diez y ocho mil ducados de salario. Grabiél de Rojas sacó demasiado á los indios vacos en cabeza del Rey, é á los españoles que favorecieron á Pizarro y á los que no le favorecieron, dicien-

do que se habian estado á la mira; todo lo cual pasó de un millon; y como murió en el camino casi súbitamente, dijeron que por juicio de Dios, y que se aparecía espantosamente á ciertos frailes de santo Domingo de Lima. E pues hablamos de tesoro, bien es decir la riqueza del Perú, que hasta aquí nuestros españoles han habido, así en lo que hallaron en poder de los indios, como en lo que sacaron de minas, que mucho es. Augustin de Zárate, que tomó las cuentas, halló cargados á los oficiales del Rey, en los libros de cuentas, un millon y ochocientos mil pesos de oro, y seiscientos mil marcos de plata del quinto y rentas reales; y toda esta plata y oro ha venido en España de una ó de otra manera; porque allá no la quieren para mas de traerla, y danse tanta prisa á traerla como á sacarla y haberla. Aunque don Diego de Almagro, Vaca de Castro, Blasco Nuñez, Gonzalo Pizarro, Gasca y otros capitanes gastaron mucho de lo del Rey en las guerras; mas todo al fin, como dije, es venido á España, y es una cantidad increíble, pero cierta.

Consideraciones.

De cuantos españoles han gobernado el Perú no ha escapado ninguno, sino es Gasca, de ser por ello muerto ó preso; que no se debe poner en olvido. Francisco Pizarro, que lo descubrió, y sus hermanos, ahogaron á Diego de Almagro; don Diego de Almagro, su hijo, hizo matar á Francisco Pizarro; el licenciado Vaca de Castro degolló á don Diego; Blasco Nuñez Vela prendió á Vaca de Castro, el cual aun no está fuera de prision; Gonzalo Pizarro mató en batalla á Blasco Nuñez; Gasca justificó á Gonzalo Pizarro y echó preso al oidor Cepeda, que los otros sus compañeros ya eran muertos; los Contreras, como luego declararemos, quisieron matar á Gasca. También hallaréis que han muerto mas de ciento y cincuenta capitanes y hombres con cargo de justicia, unos á manos de indios, otros peleando entre sí, y los mas ahorcados. Atribuyen los indios, y aun muchos españoles, estas muertes y guerras á la constelacion de la tierra y riqueza; yo lo echo á la malicia y avaricia de los hombres. Dicen ellos que nunca después que se acuerdan (algunos han cien años), faltó guerra en el Perú; porque Guainacapa y Opangui, su padre, tuvieron continuamente guerras con sus comarcanos por señorear solos aquella tierra. Guaxcar y Atabaliba pelearon sobre cuál seria inga y monarca, y Atabaliba mató á Guaxcar, su hermano mayor, y Francisco Pizarro mató y privó del reino al Atabaliba por traidor, é cuantos su muerte procuraron y consintieron han acabado desastradamente, que también es otra consideracion. Ya leístes la fin de Diego de Almagro, Francisco y Gonzalo Pizarro. A Joan Pizarro, que de todos sus hermanos era el mas valiente, mataron indios en el Cuzco, y Joan de Rada y sus consortes á Francisco Martin de Alcántara. Los isleños de Puna mataron á palos al obispo fray Vicente de Valverde, que huía de don Diego de Almagro, y al doctor Velazquez, su cuñado, y al capitán Joan de Valduneso, con otros muchos. Almagro ahorcó á Felipillo allá en Chili, Hernando de Soto pereció en la Florida, y otros en otras partes. Algunos viven de aquellos, como es Fernando Pizarro, que

si bien no se halló en la muerte de Atabaliba, está en la Mora de Medina del Campo por la muerte de Almagro y batalla de las Salinas y otras muchas cosas.

Otras consideraciones.

Comenzaron los bandos entre Pizarro y Almagro por ambicion y sobre quién gobernaría el Cuzco; empero crecieron por avaricia y llegaron á mucha crueldad por ira é invidia; é plega á Dios que no duren como en Italia güelfos y gebelinos. Siguiéron á Diego de Almagro porque daba, y á Francisco Pizarro porque podia dar. Después de ambos muertos, han seguido siempre el que pensaban que les daria mas y presto. Muchos han dejado al Rey porque no les tenia de dar, y pocos son los que fueron siempre reales; ca el oro ciega el sentido, y es tanto lo del Perú, que pone admiracion. Pues así como han seguido diferentes partes, han tenido doblados corazones y aun lenguas; por lo cual nunca decian verdad sino cuando hallaban malicia. Corrompian los hombres con dineros para jurar falsedades; acusaban unos á otros maliciosamente por mandar, por haber, por venganza, por envidia y aun por su pasatiempo; mataban por justicia sin justicia, y todo por ser ricos. Así que, muchas cosas se encubrieron que convenia publicar, y que no se pueden averiguar en tela de juicio, probando cada uno su intencion. Muchos hay tambien que han servido al Rey, de los cuales no se cuenta mucho, por ser hombres particulares y sin cargos; que aquí solamente se trata de los gobernadores, capitanes y personas señaladas, y porque seria imposible decir de todos, y porque les vale mas quedar en el tintero. Quien se sintiere, calle, pues está libre y rico; no hurgue por su mal. Si bien hizo, y no es loado, eche la culpa á sus compañeros; y si mal hizo, y es mentado, échela á sí mesmo.

El robo que los Contreras hicieron á Gasca volviendo á España.

Dióse Gasca muy gran prisa y maña, después que castigó á Pizarro y á los otros revoltosos y bandoleros, á poner en concierto la justicia, á gratificar los soldados, á tasar los tributos, á recoger dineros, y á dejar la gente y tierra llana, pacífica y mejorada para volverse á España: cosa que mucho deseaba. Embarcó millon y medio para el Rey, y otro tanto, y mas, de particulares, y fuése á Panamá; dejó allí seiscientos mil pesos por no tener en que llevarlos, y caminó al Nombre de Dios. Llegaron luego á Panamá con docientos soldados españoles dos hijos de Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua, y tomaron aquellos seiscientos mil castellanos que Gasca dejó, y cuanto mas dineros y ropa pudieron, entrando por fuerza en la ciudad y en las casas. El uno dellos se fué con la presa en dos ó tres naos, y el otro echó tras Gasca por quitarle todo el oro y plata que llevaba; y la vida: tan ciego y soberbio estaba. Habian estos Contreras muerto al obispo de Nicaragua, fray Antonio de Valdivieso, porque escribió mal de su padre á Castilla, donde andaba en negocios. Andaban homicianos, pobres é huidos; recogieron los pizarristas que iban huyendo de Gasca y otros perdidos, y acordaron de hacer aquel salto por enriquecer, diciendo que aquel tesoro y todo el Perú era suyo y les pertenecía